



LA MORT, L'ÚLTIM TABÚ A L'ENSENYAMENT. Com treballar-la a l'aula?

LA LITERATURA COM A RECURS

METODOLOGIA DE TREBALL.

1. Fer grups de unes quatre persones, depenent del nombre d'alumnes. Procurar que hi hagin nois i noies (5')
2. Repartir un dels textos a cada grup amb preguntes específiques sobre cada text (5')
3. Treball en grup (20')
4. Posada en comú. Cada grup explicarà el seu text i el treball realitzat (30')

La vida ante sí.

Per què la senyora Rosa no vol anar a l'hospital?

Què n'opineu vosaltres?

Si fóssis la senyora Rosa com et sembla que et sentiries?

Discussiu sobre la frase "*A mi me parece que no hay nada peor que embucharles la vida a la fuerza a personas que no quieren seguir viviendo*"

El árbol de la Ciencia. (llarg)

Què n'opineu de la conversa que mantenen Iturrioz, el metge i el desconegut?

Creieu que va tenir alguna influència sobre la decisió de l'Andrés?

Per què creieu que el segon metge diu: *pero había en él algo de precursor?*

Res no s'oposa a la nit.

Com penseu que es van sentir les filles quan van saber que la seva mare s'havia suïcidat?

La Lucile estava malalta i patia. Creieu que els hi hauria d'haver plantejat prèviament a les filles el que pensava fer?

Què penseu què vol dir *morir viva*

Del color de la leche.

Què creieu que li ha passat a la protagonista?

Per què creieu que s'estima més morir que viure?

Què penseu que vol dir *y entonces ya seré libre.*

El cavaller de milany.

Us agradaria viure eternament?

Digueu tres raons per les que us agradaria i tres raons per les que no.

Per què el cavaller, finalment, es cansa de viure?

La acabadora.

Per què creieu que en Nicola desitja morir? (penseu en el context. anys 50 del segle 20, al camp, quines feines s'hi fan, què passa si et falta una cama en aquestes circumstàncies)...

Un/a de vosaltres ha de defensar el que fa l'acabadora.

L'altra hi ha d'estar en contra.

Creieu que una persona hauria de ser lliure de decidir quan vol morir?

Memòries d'Adrià.

Quines sensacions et produeix la lectura d'aquests fragments?

Creieu que aquest és l'escrit d'algú que té ganes de viure?

Argumenteu sobre la frase: *Procurem entra en la mort amb els ulls oberts.*

La montaña mágica.

Com creieu que se sent una nena de 15 anys quan sap que li van a donar l'extremunció?

Què penseu del comportament dels metges quan diuen al pacient que faci el favor de comportar-se?

La muerte de Iván Ilich.

Llegiu y comenteu en el vostre grup aquest text.

En aquests fragments, quins canvis observeu en el pensament de Iván Ilich?

Què n'opineu de la pràctica que hi havia, no fa gaire d'enganyar al pacient?

Creieu que els metges han d'informar als pacients per a què, aquests puguin decidir sobre què volen fer?

Maria Antònia Carreras

Referència dels textos

ANÒNIM, **La llegenda del Cavaller de Milany**, Llegendes d'arreu de Catalunya, La Galera, 2012.

AJAR, Emile. **La vida ante sí**. Plaza&Janes Ed. Esplugues de Llobregat, 1976.

BAROJA, Pío. **El árbol de la ciencia**. Caro Raggio/Cátedra, colección Letras Hispánicas, nº 225, 2008, Madrid.

LEISHON ,Neil.**Del color de la leche**, Sexto Piso/Narrativa, 2015

MURGIA, Michela, **La acabadora**. Ed. Salamandra, Barcelona, 2011.

MANN, Thomas. **La muntanya màgica**. Grup 62. Barcelona, 2007

TOLSTOI, León, **La Muerte de Iván Ilich**, Editorial: Juventud. Barcelona, 2011.

de VIGAN, Delphine, **Res no s'oposa a la nit**, Edicions 62. Barcelona, 2012

FRAGMENTS PER TREBALLAR AMB L'ALUMNAT

LEISHON, Nell. *Del color de la leche, Sexto Piso/Narrativa, 5ª edición 2015,*
Traducció: Mariano Peyron. Títol Original: *The colour of milk.*

Mary, una noia de 15 anys que viu amb la seva família en una granja de l'Anglaterra rural de 1830, és enviada a treballar com a criada per a tenir cura de la dona del vicari que està malalta, allà té l'oportunitat d'aprendre a llegir i escriure, la qual cosa li permet explicar la seva història. Aquestes són les pàgines finals del llibre, concretament, les pàgines 173 i 174 (el llibre en té 176).

éste es mi libro y lo he estado escribiendo con mi propia mano,
he deletreado todas sus palabras.
he escrito todas sus letras.

dije que te contaría la verdad sobre todo lo que ha pasado y te la he contado. y todo es verdad salvo una cosa.

dije que estaba sentada al lado de la ventana escribiendo esto y que miraba hacia fuera y veía los árboles y los pájaros.

dije que veía la lluvia cayendo por el cristal.

dije que se veían los prados con la espesura de la niebla.

dije que veía mi propia cara pálida en la ventana.

dije que no podía respirar y que me acerqué a la ventana para abrirla.

cuando dije todas estas cosas no te estaba diciendo la verdad.

porque sabes, aquí dentro no tengo ventana. no veo nada.

tengo un muro delante de mi. tengo una silla y una pequeña mesa y tengo una cama.

tengo unos papeles y tinta y una pluma. y tengo una cacerola para hacer pis.

tengo una puerta que se abre con llave cuando me dan comida y cuando me dan agua para beber y para lavarme y cuando tengo que vaciar la cacerola.

no veo lo que hay fuera. pero el mundo sigue ahí dentro de mi cabeza.

cuando me trajeron aquí les pedí una pluma y tinta. y papel. y algo para secar la tinta y después mojé la pluma en la tinta y empecé a escribir.

me llamo mary. eme. a. erre. i griega.

mi pelo es del color de la leche.

decidí empezar por el principio y terminare por el final

y sé cuál es el final, porque van a venir a buscarme pronto y me van a llevar a otro sitio.

he tenido que escribir rápido porque no me queda mucho tiempo. y quería contarte lo que ha pasado para que tú sepas por qué lo hice; no fue una cosa sin ninguna provocación.

pero hay una cosa más que quiero contarte.

el sol sale día tras día y mi tripa se hincha.

mientras estaba escribiendo esto he vomitado.

sé que voy a tener un bebé.

si se lo digo, me van a dejar aquí con la puerta cerrada con llave para toda la vida, y me van a quitar el bebé y nunca lo voy a volver a ver.

no voy a dejar que me hagan eso.

y por eso no les voy a decir nada.

y pueden llevarme a otro sitio.

sé lo que me van a hacer. me van a poner una cuerda en el cuello, como yo le puse el hilo en el cuello a él. y voy a estar colgando hasta que ya no esté viva y mis piernas se van a quedar balanceándose encima de la gente.

y mi bebé se va a morir conmigo. dentro de mí.

y mi bebé siempre va a estar conmigo y su pelo a lo mejor es del color de la leche, pero nunca se va a manchar de sangre.

y ahora ya he terminado y no tengo nada más que contarte.

así que voy a terminar esta última frase y voy a secar mis palabras donde la tinta forma unos charcos al final de cada letra.

y entonces ya seré libre.

BAROJA, Pío, *El árbol de la ciencia*, Caro Raggio/Cátedra, colección Letras Hispánicas, nº 225, 23ª edición, 2008, Madrid.

El árbol de la ciencia és una novel·la publicada el 1911. De caràter semiautobiogràfic. L'acció es desenvolupa entre 1887 i 1898. Està dividida en dues parts (I-III i V-VII) separades per una llarga conversa filosòfica entre el protagonista i el seu oncle el doctor Iturrioz. Aquest fragment està extret de la 7ª part, IV, "Tenia algo de precursor", correspon a les últimes pàgines.

Baroja manifestava a les seves memòries que entre les novel·les de caràcter filosòfic, aquesta era del millor que havia escrit.

A la introducció a aquesta novel·la que apareix a l'edició de Cátedra de la que està extret aquest fragment hi diu: "La última muerte que dio Baroja fue la que se concedió a sí mismo, fiel a sus ideas, rodeado de un ambiente político hostil y enterrado una mañana de sol pálido en el Cementerio Civil, acompañado por un grupo de amigos y de estudiantes" (p. 25).

IV.- Tenía algo de precursor

Cuando llegó el embarazo a su término, Lulú quedó con el vientre excesivamente aumentado.

—A ver si tengo dos —decía ella riendo.

—No digas esas cosas —murmuraba Andrés exasperado y entristecido.

Cuando Lulú creyó que el momento se acercaba, Hurtado fue a llamar a un médico joven, amigo suyo y de Iturrioz, que se dedicaba a partos.

Lulú estaba muy animada y muy valiente. El médico le había aconsejado que anduviese, y a pesar de que los dolores le hacían encogerse y apoyarse en los muebles, no cesaba de andar por la habitación.

Todo el día lo pasó así. El médico dijo que los primeros partos eran siempre difíciles, pero Andrés comenzaba a sospechar que aquello no tenía el aspecto de un parto normal.

Por la noche, las fuerzas de Lulú comenzaron a ceder. Andrés la contemplaba con lágrimas en los ojos.

—Mi pobre Lulú, lo que estás sufriendo —la decía.

—No me importa el dolor —contestaba ella—. ¡Si el niño viviera!

—Ya vivirá, ¡no tenga usted cuidado! —decía el médico.

—No, no; me da el corazón que no.

La noche fue terrible. Lulú estaba extenuada. Andrés, sentado en una silla, la contemplaba estúpidamente. Ella, a veces se acercaba a él.

—Tú también estás sufriendo. ¡Pobre! —y le acariciaba la frente y le pasaba la mano por la cara.

Andrés, presa de una impaciencia mortal, consultaba al médico a cada momento; no podía ser aquello un parto normal; debía de existir alguna dificultad; la estrechez de la pelvis, algo.

—Si para la madrugada esto no marcha —dijo el médico— veremos qué se hace. De pronto, el médico llamó a Hurtado.

—¿Qué pasa? —preguntó éste.

—Prepare usted los fórceps inmediatamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—La prociencia del cordón umbilical. El cordón está comprimido.

Por muy rápidamente que el médico introdujo las dos láminas del fórceps e hizo la extracción, el niño salió muerto.

Acababa de morir en aquel instante.

—¿Vive? —preguntó Lulú con ansiedad.

Al ver que no le respondían, comprendió que estaba muerto y cayó desmayada.

Recobró pronto el sentido. No se había verificado aún el alumbramiento. La situación de Lulú era grave; la matriz había quedado sin tonicidad y no arrojaba la placenta.

El médico dejó a Lulú que descansara. La madre quiso ver el niño muerto.

Andrés, al tomar el cuerpecito sobre una sábana doblada, sintió una impresión de dolor agudísimo, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Lulú comenzó a llorar amargamente.

—Bueno, bueno —dijo el médico—, basta; ahora hay que tener energía. Intentó provocar la expulsión de la placenta, por la compresión, pero no lo pudo conseguir. Sin duda estaba adherida. Tuvo que extraerla con la mano. Inmediatamente después, dio a la parturienta una inyección de ergotina, pero no pudo evitar que Lulú tuviera una hemorragia abundante. Lulú quedó en un estado de debilidad grande; su organismo no reaccionaba con la necesaria fuerza.

Durante dos días estuvo en este estado de depresión. Tenía la seguridad de que se iba a morir.

—Si siento morirme —le decía a Andrés— es por ti. ¿Qué vas a hacer tú, pobrecito, sin mí? —y le acariciaba la cara.

Otras veces era el niño lo que la preocupaba y decía:

—Mi pobre hijo. Tan fuerte como era. ¿Por qué se habrá muerto, Dios mío? Andrés la miraba con los ojos secos.

En la mañana del tercer día, Lulú murió. Andrés salió de la alcoba extenuado. Estaban en la casa doña Leonarda y Niní con su marido. Ella parecía ya una jamona; él un chulo viejo lleno de alhajas. Andrés entró en el cuartucho donde dormía, se puso una inyección de morfina, y quedó sumido en un sueño profundo.

Se despertó a media noche y saltó de la cama. Se acercó al cadáver de Lulú, estuvo contemplando a la muerta largo rato y la besó en la frente varias veces. Había quedado blanca, como si fuera de mármol, con un aspecto de serenidad y de indiferencia, que a Andrés le sorprendió.

Estaba absorto en su contemplación cuando oyó que en el gabinete hablaban. Reconoció la voz de Iturrioz, y la del médico; había otra voz, pero para él era desconocida.

Hablaban los tres confidencialmente.

—Para mí —decía la voz desconocida— esos reconocimientos continuos que se hacen en los partos, son perjudiciales. Yo no conozco este caso, pero, ¿quién sabe? quizá esta mujer, en el campo, sin asistencia ninguna, se hubiera salvado.

La naturaleza tiene recursos que nosotros no conocemos.

—Yo no digo que no —contestó el médico que había asistido a Lulú—; es muy posible.

—¡Es lástima! —exclamó Iturrioz—. ¡Este muchacho ahora, marchaba tan bien! Andrés, al oír lo que decían, sintió que se le traspasaba el alma. Rápidamente, volvió a su cuarto y se encerró en él.

.....
.....
Por la mañana, a la hora del entierro, los que estaban en la casa, comenzaron a preguntarse qué hacía Andrés.

—No me choca nada que no se levante —dijo el médico— porque toma morfina. —¿De veras? —preguntó Iturrioz.

—Sí.

—Vamos a despertarle entonces —dijo Iturrioz.

Entraron en el cuarto. Tendido en la cama, muy pálido, con los labios blancos, estaba Andrés.

—¡Está muerto! —exclamó Iturrioz.

Sobre la mesilla de noche se veía una copa y un frasco de aconitina cristalizada de Duquesnel.

Andrés se había envenenado.

Sin duda, la rapidez de la intoxicación no le produjo convulsiones ni vómitos.

La muerte había sobrevenido por parálisis inmediata del corazón.

—Ha muerto sin dolor —murmuró Iturrioz—. Este muchacho no tenía fuerza para vivir. Era un epicúreo, un aristócrata, aunque él no lo creía.

—Pero había en él algo de precursor —murmuró el otro médico.

(Página 292. Es exactamente el final de la novela)

Anònim, *La llegenda del cavaller de Milany, Llegendes d'arreu de Catalunya La Galera, 2012. El cavaller de Milany, s'estimava molt la vida i va fer un pacte, de manera que fins que no cremés un tronc determinat no es moriria. Va arribar un moment en que ja no coneixia ni entenia a ningú i, volia morir, però no trobava la manera de fer saber als altres on era el tronc pe a què el cremessin. Aquest conte és adequat per als nois i noies de 5è i 6è.*

El castell de Milany s'aixecava antigament, altiu i ferreny, al capdamunt de la serra que separa les comarques del Ripollès i d'Osona.

Conten que fa molts anys hi vivia un cavaller jove, que a part de ser ric, llest i poderós, tenia l'amor de les noies més maques dels pobles i masies a banda i banda de la serra. Se sentia tan satisfet de viure que una nit, a la tornada d'una festa, va sospirar:

- No sé pas què donaria a canvi de poder viure sempre!

A l'acte se li va presentar el dimoni i li va dir que si li donava l'ànima, ell li procuraria el remei màgic per poder viure sempre. El cavaller Milany, que com hem dit no tenia un pèl de ruc, va desconfiar d'entrada dels negocis amb el dimoni.

De seguida es va adonar que, ben pensat, el tracte no podia fallar, ja que mentre ell visqués, el diable no la tindria pas la seva ànima. I en cas que morís, tampoc, perquè llavors el dimoni hauria trencat el pacte. Va respondre doncs, que hi estava d'acord.

- Tracte fet -va exclamar el dimoni- A canvi de l'ànima no moriràs mai. Si tu no et vols morir, naturalment.

- Ho tinc molt clar que no em vull morir mai -va confirmar el jove cavaller encantat de la vida.

Aleshores el dimoni va agafar d'un prestatge de la xemeneia una estella de teia que servia per fer llum i va dir al cavaller que la guardés com un tresor. Que la desés en un lloc secret del castell on no la pogués fer malbé el foc ni l'aigua de la pluja. I abans d'esfumar-se, va sentenciar:

- Tu seràs etern com aquesta teia.

Al jove li faltà temps per amagar aquell tros de fusta en un forat a la paret de la seva cambra, que després va tornar a tapar dissimuladament amb pedres i calç.

El cavaller va viure uns anys donant-se tots els gustos, sense mirar prim. Fins que un dia va notar que es feia vell. De primer va reaccionar indignat, pensant que el dimoni havia incomplert el tracte. Després però, recordant fil per randa les paraules que s'havien intercanviat amb el Banyeta, es va adonar que de fer-se vell, no se n'havia parlat i que per tant,

potser el tracte no era tan rodó com ell havia imaginat de jove.

I així va ser com el cavaller de Milany, igual que tota cuca viva d'aquest món, es va anar fent vell.

Assegut al pedrís de la plaça d'armes va veure morir els seus amics, els seus germans, fins i tot els seus fills, que és la cosa més trista del món. Quan les cames no podien donar un pas, es va arrupir al banc del foc, des d'on va veure morir els seus néts.

Millor dit, no va veure res perquè s'havia tornat cec, però va saber que havien mort pels plors de la gent i pels gori-goris dels capellans.

Al cap d'un temps es va tornar sord i va arribar un moment que la seva pell no notava l'escalforeta del foc, ni el seu nas sabia distingir l'olor de la carn que rostien a les brases, de les llufes que afluijava el gos, cargolat sota el banc del foc.

El vell cavaller va sobreviure a un rosari de generacions. Els hereus del castell naixien, es feien grans i morien, però el vell es quedava al banc del foc, immòbil com un tronc. No tastava res, ni menjar ni aigua. L'únic que feia era xerrar, xerrava contínuament com si desvariegés, amb uns crits i gemecs que ningú no entenia.

Al cap de molts anys els descendents, farts de sentir remugar aquell vell que només servia per ocupar el racó més calent de la casa, van acabar per traslladar-lo a la cambra dels mals endreços. El vell no va callar, al contrari, continuava gemegant cobert de teranyines, enmig d'una pila d'armes antiquades i d'eines del camp retirades de la circulació.

Al cap de molts i molts anys, dos viatgers que passaven vora les muralles del castell es van estranyar de sentir aquells crits i van entrar a preguntar què passava. La senyora els va dir que no s'alarmessin, que es tractava dels crits d'un vell que repapiejava. Els forasters van preguntar quants anys tenia. La dona va respondre:

- No ho sabem. Els més vells diuen que sempre l'han vist al castell.

- Que el podríem visitar, senyora?

La dona no hi va posar cap impediment, al contrari, encara se'n va alegrar:

- Si poden fer-lo callar d'una vegada, els ho agrairé. I va acompanyar-los a la cambra on havien desat el vell.

Els forasters van escoltar-lo amb molta atenció. Després van dir:

- Aquest home parla una llengua que fa segles que va desaparèixer. Nosaltres l'entendem perquè l'hem estudiada als llibres.

- I què dimonis diu? -es va estranyar la dona.

Els savis van explicar que el vell no parava de repetir el mateix. Deia que dins del mur d'una determinada cambra del castell hi havia amagat un tros de teia, que l'anessin a buscar i que el tiressin al foc de seguida.

Gràcies a les indicacions del vell, no va costar gaire de localitzar l'amagatall de la teia. Van tirar-la al foc i a mesura que es cremava, el vell emmudia fins que va poder morir tranquil.

Conten que al cavaller de Milany li va quedar un somriure enganxat als llavis, com si les penes de l'infern on havia anat a petar, no fossin res comparades amb els horribles turments que havia patit al llarg de mil anys de malviure com un trastot inútil.

Avui, de la nissaga de senyors que habitaven l'antic castell de Milany no en queda rastre, i de l'altiva i ferrenya fortalesa tan sols en queden les ruïnes d'un pany de paret i les pedres escampades muntanya avall. Aquesta llegenda doncs, és l'única cosa que ha sobreviscut a la calamitat del temps, que tard o d'hora, tot ho destrueix.

MURGIA, Michela. *La acabadora*. Ed. Salamandra. Barcelona, 2011

Sardenya als anys 50 del segle XX. Seguint un antic costum, Bonaria Urrai es queda amb la Maria, de sis anys, quarta filla d'una família humil que no se'n pot fer càrrec. Esdevé "fill'e anima". Anys més tard la seva bona relació es veu truncada quan Maria descobreix que la seva mare de l'ànima, a més de modista, ajuda a les persones que desitgen morir.

"-No morirás sólo te amputarán la pierna.

-Es lo mismo. ¿Acaso un caballo no está muerto si se queda cojo? (...)

-Tú no eres un caballo, Nicola.

-Justo porque no lo soy, me merezco algo más (...)

-No serás el primero ni el último.

-Antes me mato" p. 77

"-Burlándote de mi no cambiarás las cosas de la vida

-Pero puedo cambiar las de la muerte (...). O puede hacerlo usted

-No te comprendo (...)

-Si que me comprende (...) Santino Littorra me contó lo que hizo con su difunto padre. Yo no pido nada distinto.

-(...)En cualquier caso, te haya dicho lo que te haya dicho, son dos casos que no se parecen en nada. Giacomo Littorra estaba agonizando.

-Y yo ya estoy muerto, pero no pueden enterrarme.

-¿De verdad crees que es mi tarea matar a quien no tiene valor para afrontar las dificultades? (...)

-No; creo que es ayudar a quien desea dejar de sufrir" p. 78,79

"-¿Qué ha decidido? (...)

-No hay nada que decidir. Lo que me pides no puede hacerse. (...)

-Pero es lo que hace cuando se lo piden. ¿No valgo yo lo mismo que los demás?" p. 93

"-Aun suponiendo que quisiera, no podría hacer lo que me pides sin el consentimiento de tu familia. (...)

-Yo no pensaría en tratar de obtenerlo, y además, si usted quisiera, hay una manera de evitar pedírselo.

-No existe dicha manera, y si existiera no la utilizaría. (...)

-La noche de Todos los Santos. Cuando se deja la puerta abierta para la cena de las almas, usted puede entrar y salir sin levantar sospechas. Por la mañana me encontrarán muerto en mi cama y pensarán que ha sido una desgracia. (...)

-Has perdido el juicio, Nicola.

-Jamás he sido tan sensato como ahora. Quizá los demás puedan soportar la idea de verme como un gusano durante el resto de sus vidas, pero a mi me espera un peso tres veces mayor. Si me ayuda, pasará por muerte natural. Si no, ya encontraré yo la forma." p. 95.96

“-Ha venido (...)

-Igual que he venido, puedo irme. Dime que has cambiado de idea y saldré de aquí sin mirar atrás. Juro que no hablaremos nunca más del asunto, como si no hubiera ocurrido.

-No he cambiado de idea (...) Ya estoy muerto, y usted lo sabe (...)

La acabadora, entretanto, se había abierto la toquilla y mostraba las manos cerradas en torno a un pequeño recipiente de barro de boca nacha. Cuando retiró la tapa, un hilillo de humo ascendió. Nicola percibió el olor fétido –no lo esperaba distinto- y aspiró hondo, murmurando palabras quedas que la anciana no pareció oír. Retuvo en los pulmones aquel humo tóxico cerrando los ojos, aturdido por última vez. Quizá ya dormía cuando la almohada fue presionada sobre su cara, porque no se sobresaltó ni se debatió” p. 103,104

MANN, Thomas. La muntanya màgica. Grup 62. Data de publicació: 22/11/2007. 972 pàgines ISBN: 978-84-96863-37-8. Codi: 10030117. Format: 13 x 20,5 cm. Presentació: Rústega sense solapes. Col·lecció: LB. Traductor: Carme Gala Fernández.

El jove enginyer Hans Castorp fa una visita de tres setmanes a un cosí que és en un sanatori alpí per a tuberculosos, però l'estada s'allargarà d'una manera imprevisible. En l'ambient decadent del sanatori, que Mann descriu amb una delectança gairebé morbosa, Castorp viu un procés de formació i transformació sentimental i intel·lectual que dóna lloc a una impressionant suma del saber modern, una mena de novel·la d'aventures ideològiques.

Els fragments són de les pàgines 79 a la 84.

La montaña mágica.

Con la punta de su bastón de montaña, Joachim comenzó a señalar a su primo los nombres de las cimas de las montañas que, en la parte sur, parecían cerrar el valle. Pero Hans Castorp tan sólo lanzó una mirada fugaz a aquellas cumbres; estaba inclinado hacia delante, y, a su vez, dibujaba signos en la arena con su bastón de paseo, típicamente urbano y con puño de plata. Su interés iba por otros derroteros.

-Yo quería preguntarte... -comenzó-. La persona que ocupaba mi habitación acababa de morir cuando yo llegué. ¿Se han registrado muchos casos desde tu llegada?

-Varios, sin duda -respondió Joachim-. Pero eso se trata con mucha discreción, ¿sabes? No te enteras, o sólo casualmente, cuando ya ha pasado. Todo sucede en el más absoluto secreto, cuando alguien muere, y se hace por consideración hacia los demás pacientes, sobre todo hacia las señoras, que podrían sufrir ataques de nervios. Traen el ataúd de madrugada, cuando todos están durmiendo, y luego no vienen a buscarlo más que a determinadas horas; por ejemplo, durante las comidas.

-¡Hum! -exclamó Hans Castorp, y continuó dibujando en el suelo- ¿así que todo se desarrolla entre bastidores?

Puede decirse así... aunque, espera, recientemente, hace poco más o menos ocho semanas...

-Entonces no digas recientemente -interrumpió Hans Castorp cortante e intrigado.

¿Cómo...? Está bien... ¡Que meticuloso eres! Era un cálculo aproximado. Hace, pues, algún tiempo me encontré entre los bastidores por casualidad. Lo recuerdo como si fuese hoy. Fue cuando llevaron el viático, el Santo Sacramento, es decir, la Extremaunción, a la pequeña Hujus, una católica, Bárbara Hujus. Cuando llegué, todavía no guardaba cama y era una chica muy alegre, exultante y casi alocada, lo propio en una mozuela de quince años. Pero luego se apagó muy rápidamente, acabó por no levantarse, Su habitación se hallaba a tres puertas de la mía. Llegaron sus padres y poco después el cura. Vino cuando todo el mundo estaba tomando el té de la tarde, y no había un alma en los pasillos. Pero yo me retrasé un cuarto de hora, pues imagínate, me había dormido durante la cura de reposo y no oí el gong. Por lo tanto, en aquel instante decisivo no me hallaba con los demás. Me perdí entre bastidores, como tú dices, y en tanto cruzo el pasillo, me los encuentro de frente con casulla de puntillas y una cruz en lo alto, una cruz de oro y un farol que uno de ellos llevaba delante, como llevan el chinesco en las orquestas de jenízaros.

¡Menuda comparación! -dijo Hans Castorp con no poca severidad.

Eso fue lo que me pareció. Se me ocurrió contra mi voluntad. Pero escucha. Entonces vinieron hacia mí, uno, dos, uno, dos, a paso ligero; eran tres, si no me equivoco: delante el hombre de la cruz, luego un cura con gafas y finalmente un muchacho con un incensario. El cura llevaba el viático contra su pecho, e inclinaba la cabeza con gesto de suma devoción; para ellos es lo más sagrado.

Precisamente por eso -dijo Hans Castorp- me extraña que se te ocurra hablar de cascabeles.

Sí, sí, pero espera un momento; si hubieras estado allí tampoco habrías sabido qué cara poner al recordarlo. Fue para no olvidarlo nunca...

-¿Por qué?

-Mira. Yo me preguntaba cómo debía comportarme en tales circunstancias. Si hubiese llevado sombrero me lo hubiera podido quitar...

-¿lo ves? -volvió a interrumpir un instante Hans Castorp-; hay que llevar sombrero. Ya me ha llamado la atención que no llevéis sombrero aquí arriba. Es preciso llevarlo para que uno pueda descubrirse en las circunstancias indicadas. ¿Y qué pasó?

- Me apoyé contra la pared -dijo Joachim- en una actitud respetuosa y me incliné ligeramente cuando pasaron junto a mí. Era precisamente frente a la habitación de la pequeña Hujus, la número 28. Creo que el sacerdote se alegró de que les saludase; dio las gracias amablemente y se quitó el bonete. En aquel instante se detuvieron, el monaguillo llamó a la puerta con el incensario, luego abrió y cedió el paso a su superior. Y ahora, procura imaginar la escena y mi horror, mis sensaciones. En el momento en que el sacerdote franquea el umbral de la puerta comienzan a oírse gemidos y gritos de auxilio como nunca has oído... tres, cuatro veces seguidas, y luego un alarido ininterrumpido, continuo, gritos lanzados por una boca abierta como un pozo: jaaah! Aquel grito encerraba un dolor, un horror y una protesta indescriptibles, y por encima de todo se oían espeluznantes súplicas; y de golpe se convierte en un

sonido vacío y sordo, como si ella hubiese desaparecido bajo la tierra y su voz viniese de las profundidades de un sótano...

Hans Castorp se había vuelto bruscamente hacia su primo.

-¿Era la Hujus? -preguntó irritado-. ¿Y por qué los gritos parecían proceder de un sótano?

-Se había escondido bajo las mantas -dijo Joachim-. ¡Imagina lo que sentí! El sacerdote permanecía de pie cerca de la puerta, pronunciando palabras tranquilizadoras. Parece que le estoy viendo: al hablar movía ligeramente la cabeza hacia delante y luego la erguía de nuevo. El que llevaba la cruz y el monaguillo seguían en el umbral sin poder entrar. Era una habitación como la tuya y la mía; la cama estaba a la izquierda de la puerta, contra la pared, y a la cabecera había dos personas, los padres, por supuesto, que también se inclinaban hacia la cama diciendo palabras de consuelo, pero no se veía más que una masa informe que suplicaba, pataleaba y protestaba de una manera espantosa.

-¿Pataleaba?

-¡Con todas sus fuerzas! Pero no le sirvió de nada: había llegado el momento de administrarle la Extremaunción. El cura se dirigió hacia ella, entraron también los otros dos y la puerta se cerró. Pero antes pude ver lo siguiente: la cabeza de la pequeña Hujus emerge de debajo de las mantas por un segundo, con sus claros cabellos rubios revueltos, y mira fijamente al cura con ojos abiertos hasta salirse de sus cuencas, unos ojos tan pálidos, absolutamente desprovistos de color; luego, entre gritos de dolor desaparece de nuevo bajo la colcha.

¿Y hasta hoy no me lo cuentas? -preguntó Hans Castorp después de un breve silencio-. No comprendo por qué no me lo dijiste ayer mismo. ¡Dios mío, que fuerza no debía de tener todavía para defenderse de este modo! Se necesitan muchas fuerzas para eso. No se debería avisar al cura hasta que uno estuviese muy débil.

-Lo estaba -contestó Joachim- Sí, habría mucho que contar; es difícil empezar... Estaba muy débil; no era si no el miedo que le infundía tanta fuerza. Sentía un pavor terrible porque se daba cuenta de que iba a morir. Era una muchacha muy joven, así que debemos excusarla. Pero también hay hombres que se comportan de ese modo, lo cual, naturalmente, es una muestra de debilidad intolerable. En esos casos Behrens sabe cómo tratarles, sabe encontrar el tono adecuado en tales circunstancias.

-¿Qué tono? -preguntó Hans Castorp frunciendo el ceño.

-¡Haga usted el favor de comportarse!" -contestó Joachim-. Al menos, eso es lo que le dijo recientemente a uno; lo sabemos por la enfermera jefe, que estaba allí y le ayudó a sujetar al moribundo. Era uno de esos que, en su última hora, hacen una escena espantosa y no quieren morir de ninguna manera. Entonces Behrens le llamó al orden: -"¡Haga usted el favor de comportarse!", dijo y el enfermo se calmó al instante y murió completamente en paz.

Hans Castorp se dio una palmada en el muslo y, apoyándose en el respaldo del banco, elevó la mirada al cielo.

-¡Eso sí que es demasiado! -exclamó-. ¡Decirle a un enfermo que se comporte... -"¡Haga usted el favor de comportarse!" ¡A un moribundo! ¡Es terrible! Un moribundo es, en cierto modo, digno de respeto. Me parece que una cosa así... Eso no se hace... ¡Creo que un moribundo es, por decirlo así, sagrado! ¡No se le puede tratar de esa manera!

-Estoy de acuerdo - concedió Joachim-. pero si se comporta con tal cobardía.

-¡No! -persistió Hans Castorp con una violencia totalmente desproporcionada a la resistencia que ofrecía su primo-. No, jamás dejaré de creer que un moribundo es más respetable que cualquier tipejo que va por la vida paseando, riendo y ganando dinero sin privarse de nada. Es intolerable -y su voz tembló de un modo extraño-, así, sin más, es intolerable... -Y, de repente, sus palabras se ahogaron en la risa que se había apoderado de él y le dominaba; la misma risa de la víspera, una risa nacida de las profundidades, desmesurada, que sacudía todo su cuerpo, que le hacía cerrar los ojos y brotar lágrimas de entre sus párpados apretados.

-¡Psst! -hizo Joachim de pronto- ¡Cállate! -dijo dando un codazo para apartar disimuladamente a su primo, que no paraba de reír.

Hans Castorp, a través de las lágrimas, levantó la vista.

Por la parte izquierda del camino venía un extranjero, un señor elegante y moreno, con un bigote negro cuidadosamente rizado y un pantalón a cuadros claros, el cual, cuando estuvo cerca, intercambió con Joachim un saludo matinal -el del caballero fue conciso y biensonante- y se detuvo ante él con los pies cruzados, apoyado en su bastón, en actitud graciosa.

TOLSTOI, León. DATOS DEL LIBRO: Nº de páginas: 134 Págs. Encuadernación: Tapa blanda. Editorial: JUVENTUD. Lengua: CASTELLANO. ISBN: 9788426111173

El personatge dibuixat per Tolstoi és l'Ivan Illic, president de l'Audiència Territorial. El novel·lista pinta el món de l'Ivan i fa una dura crítica de l'aristocràcia, que ell tan bé coneixia. Tolstoi no només reflecteix el seu terror a la mort, sinó que també ens fa palesa la compassió que li inspiraven el humils i els oprimits.

Diferents extractes del final del llibre.

La muerte de Iván Ilich.

...

Enmarcada en una orla negra figuraba la siguiente noticia: "Con profundo pesar Praskovya Fyodorovna Golovina comunica a sus parientes y amigos el fallecimiento de su amado esposo Iván Ilich Golovin, miembro del Tribunal de justicia, ocurrido el 4 de febrero de este año de 1882. El traslado del cadáver tendrá lugar el viernes a la una de la tarde.

...

El muerto yacía, como siempre yacen los muertos, de manera especialmente grávida, con los miembros rígidos hundidos en los blandos cojines del ataúd y con la cabeza sumida para siempre en la almohada. Al igual que suele ocurrir con los muertos, abultaba su frente, amarilla como la cera y con rodiles calvos en las sienas hundidas, y sobresalía su nariz como si hiciera presión sobre el labio superior. Había cambiado mucho y enflaquecido aún más desde la última vez que Pyotr Ivanovich lo había visto; pero, como sucede con todos los muertos, su rostro era más agraciado y,

sobre todo, más expresivo de lo que había sido en vida. La expresión de ese rostro quería decir que lo que hubo que hacer quedaba hecho y bien hecho. Por añadidura, ese semblante expresaba un reproche y una advertencia para los vivos. A Pyotr Ivanovich esa advertencia le parecía inoportuna o, por lo menos, inaplicable a él. Y como no se sentía a gusto se santiguó de prisa una vez más, giró sobre los talones y se dirigió a la puerta -demasiado a la ligera según el mismo reconocía y de manera contraria al decoro.

...

-En estos últimos días ha sufrido terriblemente.

-¿De veras? -pregunto Pyotr Ivanovich.

-¡Oh, sí, terriblemente! Estuvo gritando sin cesar, y no durante minutos, sino durante horas. Tres días seguidos estuvo gritando sin parar. Era intolerable. No sé como he podido soportarlo. Se le podía oír con tres puertas de por medio. ¡Ay, cuánto he sufrido!

-¿Pero es posible que estuviera consciente durante ese tiempo? -preguntó Pyotr Ivanovich.

-Sí -murmuró ella- Hasta el último momento. Se despidió de nosotros un cuarto de hora antes de morir y hasta dijo que nos lleváramos a Volodya de allí.

el pensar en los padecimientos de un hombre a quien había conocido tan íntimamente, primero como chicuelo alegre, luego como condiscípulo y más tarde, ya crecido, como colega horrorizó de pronto a Pyotr Ivanovich, a pesar de tener que admitir con desgana que tanto él como esa mujer estaban fingiendo. Volvió a ver esa frente y esa nariz que hacía presión sobre el labio, y tuvo miedo.

"¡Tres días de horribles sufrimientos y luego la muerte! ¡Pero si eso puede también ocurrirme a mí de repente, ahora mismo!" -pensó, y durante un momento quedó espantado. Pero en seguida, sin saber por qué, vino en su ayuda la noción habitual, a saber, que eso le había pasado a Ivan Ilich y no a él, que eso no debería ni podría pasarle a él...

...

La historia de la vida de Ivan Ilich había sido sencillísima y ordinaria, al par que terrible en extremo.

Había sido miembro del Tribunal de justicia y había muerto a los cuarenta y cinco años de edad.

...

Todos disfrutaban de buena salud, porque no podía llamarse indisposición el que Ivan Ilich dijera a veces que tenía un raro sabor de boca y un ligero malestar en el lado izquierdo del estómago.

Pero aconteció que ese malestar fue en aumento y, aunque todavía no era dolos, sí era una continua sensación de pesadez en ese lado, acompañada de mal humor.

...

... insistió en que fuera a ver a un médico famoso y él así lo hizo...

...todo sucedió como siempre sucede. La espera, los aires de importancia que se daba el médico -que le eran conocidos por parecerse tanto a los que él se daba en el juzgado-...

...

...Para Ivan Ilich había solo una pregunta importante, a saber: ¿era grave su estado o no lo era? Pero el médico esquivo esa indiscreta pregunta. Desde su punto de vista era una pregunta ociosa que no admitía discusión; lo importante era decidir qué era lo más probable: si riñón flotante, o catarro crónico o apendicitis...

... Del resumen del médico Ivan Ilich sacó la conclusión que las cosas iban mal, pero que al médico, y quizás a los demás, aquello les traía sin cuidado, aunque para él era un asunto funesto.

...

...se levantó, puso los honorarios del médico en la mesa y comentó suspirando:

-Probablemente nosotros los enfermos hacemos a menudo preguntas indiscretas. Pero dígame: ¿esta enfermedad es, en general, peligrosa, o no?

El médico le miró severamente por encima de los lentes como para decirle: "Procesado, si no se atiende usted a las preguntas que se le hacen me verá obligado a expulsarle de la sala."

-Ya le he dicho lo que considero necesario y conveniente. Veremos qué resulta de un análisis posterior y el médico se inclinó.

...

... El dolor del costado le atormentaba, parecía agravarse y llegó a ser incesante, el sabor de boca se hizo cada vez más extraño. Le parecía que su aliento tenía un olor repulsivo, a la vez que notaba la pérdida de apetito y debilidad física. Era imposible engañarse: algo terrible le estaba ocurriendo, algo nuevo y más importante que lo más importante que hasta entonces había conocido en su vida.

...

"¡No, no se puede vivir así!" -se dijo, y levantándose de un salto fue a la mesa, abrió un expediente y empezó a leerlo, pero no pudo seguir. Abrió la puerta y entró en el salón. La puerta que daba a la sala estaba abierta. Se acercó a ella de puntillas y se puso a escuchar.

-No. Tu exageras -decía Praskovya Fyodorovna.

-¿Cómo que exagero? ¿Es que no ves que es un muerto? Mírale los ojos... no hay luz en ellos. ¿Pero qué es lo que tiene?

...

"...No se trata del apéndice o del riñón, sino de la vida y... la muerte. Sí, la vida estaba ahí y ahora se va, y no puedo retenerla. Sí. ¿De qué sirve engañarme? ¿acaso no ven todos, menos yo, que me estoy muriendo, y que sólo es cuestión de semanas, de días... quizá ahora mismo? Antes había luz aquí y ahora hay tinieblas. Yo estaba aquí y ahora voy allá. ¡A dónde?" Se sintió transido de frío, se le cortó el aliento, y sólo percibía el golpeteo de su corazón.

...

"Hay algo que no va bien. Necesito calmarme; necesito repasarlo todo mentalmente desde el principio." Y, en efecto, se puso a pensar. "Sí, el principio de la enfermedad. Me di un golpe en el costado, pero estuve bien ese día y el siguiente. Un poco molesto y luego algo más. Más tarde los médicos, luego tristeza y abatimiento. Vuelta a los médicos, y seguí acercándome cada vez más al abismo. Fui perdiendo fuerzas. Más cerca cada vez. Y ahora estoy demacrado y no tengo luz en los ojos. Pienso en el apéndice, pero esto es la muerte. Pienso en corregir el apéndice, pero

mientras tanto aquí está la muerte. ¿De veras que es la muerte?" El espanto se apoderó de él una vez más...

...

Ivan Ilich vio que se moría y su desesperación era continua. En el fondo de su ser sabía que se estaba muriendo, pero no sólo no se habituaba a esa idea, sino que sencillamente no la comprendía ni podía comprenderla.

...

Cada vez dormía menos. Le daban opio y empezaron a ponerle inyecciones de morfina. Pero ello no le paliaba el dolor. La sorda congoja que sentía durante la somnolencia le sirvió de alivio sólo al principio, como cosa nueva, pero luego llegó a ser tan torturante como el dolor mismo, o aún más que éste.

...

Para las evacuaciones también se tomaron medidas especiales, cada una de las cuales era un tormento para él: el tormento de la inmundicia, la indignidad y el olor, así como el de saber que otra persona tenía que participar en ello.

...

El mayor tormento de Ivan Ilich era la mentira, la mentira que por algún motivo todos aceptaban, según la cual él no estaba muriéndose, sino que sólo estaba enfermo.

...

Tenía la sensación que la red de mentiras que le rodeaba era tan tupida que era imposible sacar nada el limpio.

...

Y de pronto vio claro que lo que le había estado sujetando y no le soltaba le dejaba escapar sin más por ambos lados, por diez lados, por todos lados.

...

Buscaba su anterior y habitual temor a la muerte y no lo encontraba.

...

En lugar de la muerte había luz.

-¡Conque es eso! -dijo de pronto en voz alta-. ¡Que alegría!

Para él todo ocurrió en un solo instante, y el significado de ese instante no se alteró. Para los presentes la agonía continuó durante dos horas más. Algo borbollaba en su pecho, su cuerpo extenuado se crispó bruscamente, luego el borbotamiento y el estertor se hicieron menos frecuentes.

-¿Éste es el fin! -dijo alguien a su lado.

Él oyó estas palabras y las repitió en su alma. "Éste es el fin de la muerte" -se dijo- "La muerte ya no existe" Tomó un sorbo de aire, se detuvo en medio de un suspiro, dio un estirón y murió,

**AJAR, Emile. *La vida ante sí*. Plaza & Janes Ed. Esplugues de Llobregat, 1976
Premi Goncourt 1975, escrit per Romain Gary amb pseudònim.**

Narració en primera persona feta per un noi àrab del deteriorament i mort d'una dona jueva. Era una prostituta que al fer-se gran s'havia dedicat a criar a fills d'altres prostitutes. És un llibre corprenedor sobre la vellesa, l'amor, la infància, el racisme i la solitud.

“ Ella no quería ni oír hablar del hospital, donde hacen morir hasta el final en vez de poner una inyección . Decía que en Francia todos estaban en contra de la muerte dulce y obligaban a vivir mientras fueras capaz de seguir rabiando.” p. 82

“-Pero si esto continua me llevarán al hospital. Yo no quiero ir. ... Allí van a martirizarme.

-No diga estupideces. En Francia no se martiriza a nadie. Aquí no estamos en Argelia.

-Me harán vivir a la fuerza, Momo. Es lo que hacen siempre en el hospital, para eso tienen sus leyes. Yo no quiero vivir más de lo necesario y ya no es necesario. Hay un límite hasta para los judíos. Me harán pasar las moradas para impedir que muera. Tienen una cosa que se llama el Colegio de Médicos que está sólo para eso. Te hacen rabiarse hasta el fin y no quieren concederte el derecho a morir porque sería un privilegio. Yo tenía un amigo que ni siquiera era judío, pero no tenía brazos ni piernas a causa de un accidente. Le tuvieron diez años en el hospital, haciéndole sufrir para estudiar su circulación. Momo, yo no quiero vivir sólo porque la medicina lo exija. Sé que se me va la cabeza y no estoy dispuesta a vivir años en coma para darle gusto a la medicina. De manera que si te enteras de que van a llevarme al hospital les pides a tus amigos que me pongan la inyección y que tiren mis restos en el campo. Que sea entre los matorrales, no en cualquier sitio. Yo estuve diez días en el campo después de la guerra y nunca había respirado tanto.” p.144,145

“Al oír al doctor Katz sentí que se me helaba la sangre. Todos los del barrio sabían que ... (en el hospital) eran capaces de hacer vivir a la fuerza mientras quedara una pizca de chicha para clavar la aguja. La medicina ha de tener siempre la última palabra y luchar hasta el fin para impedir que se cumpla la voluntad de Dios.” p.166

“-Pero no dejéis que me lleven al hospital, Momo. Por nada del mundo.

-Puede usted estar tranquila.

-En el hospital me harían vivir a la fuerza. Tienen leyes para eso. Son auténticas leyes de Nuremberg. Tú no sabes lo que es eso, eres demasiado joven.” p. 184

“Pero la señora Rosa estaba cada día más achuchada y no sabría decirles lo injusto que me parecía que una persona viviera sólo para sufrir. Su organismo ya no valía para nada y cuando no tenía una cosa tenía otra. Siempre se ataca al viejo que no puede defenderse porque es lo más fácil y la señora Rosa era víctima de esa criminalidad. Todas las piezas eran malas, el corazón, el hígado, los riñones, los bronquios, no había ni una sola que fuera de buena calidad. En casa estábamos ella y yo solos y fuera, aparte de la señora Lola, no teníamos a nadie. Todas las mañanas, yo la obligaba a

hacer un poco de marcha, para desentumecerla y ella iba de la puerta a la ventana y volvía, apoyada en mi hombro, para no oxidarse del todo. “p.187

“- Ahora hazme decir mi oración, Momo. Puede que sea la última vez.

Fue repitiéndola conmigo (...) y pareció que se quedaba contenta. Todavía tuvo una hora buena, pero después se puso peor. (...) Nunca entenderé por qué puede haber aborto para los jóvenes y no para los viejos. (...) A mi me parece que no hay nada peor que embucharles la vida a la fuerza a personas que no quieren seguir viviendo. “ p. 212, 213

YOURCENAR, Marguerite. Memòries d'Adrià, La butxaca, Ed. 62, 2007

S'hi recrea la vida i mort d'un dels més grans governants de l'Imperi romà, Adrià, que fictíciament escriu una llarga carta a Marc Aureli, el seu successor i fill adoptiu.

L'emperador enraona sobre el seu passat i descriu tant les seues fites com dissorts, el seu amor per Antínous, i la seua filosofia particular. Aquí s'hi reproduïxen fragments de les pàgines que van de la 229 a la 233.

Memòries d'Adrià (Darreres pàgines)

La meditació de la mort no ensenya a morir; no fa més fàcil la partença, però ja no és la facilitat el que cerco. Petita cara emmurriada i voluntariosa, el teu [el d'Antínous] sacrifici no haurà enriquit la meua vida, sinó la meua mort. El fet que ja em sigui propera restableix entre nosaltres una mena d'estreta complicitat: els vius que m'envolten, els servidors abnegats, i de vegades inoportuns, mai no sabran fins a quin punt el món ja no ens interessa. (...)

Però totes les teories sobre la immortalitat m'inspiren malfiança; el sistema de penes i retribucions deixa fred un jutge que ja coneix la dificultat de jutjar. Per altra part, també em passa que trobo massa simple la solució contrària, el pur no-res, la buida cavitat on sona la rialla d'Epictet. Observo la meua fi: aquesta sèrie d'experiències feta sobre mi mateix.(...) Fins ara, les modificacions són tan exteriors com les que el temps i la intempèrie poden provocar en un monument sense alterar-ne ni la matèria ni l'arquitectura: de vegades em sembla percebre i tocar a través de les esquerdes el basament indestructible. Sóc el que era: moro sense canviar. A primer cop d'ull, el nen robust dels jardins d'Espanya, o l'oficial ambiciós que entrava a la tenda espolsant-se de sobre els flocs de neu, semblen tan extingits com ho seré jo mateix quan hauré passat per la pira; però són aquí, són inseparable d'ells. (...)

La meua paciència també dóna els seus fruits; sofreixo menys; la vida torna a ser gairebé dolça. Ja no em barallo amb els metges; llurs estúpids remeis m'han acabat de matar; però la seva presumpció, la seva hipòcrita pedanteria és obra nostra: mentirien menys si no tinguéssim tanta por de sofrir. (...)

Els medicaments ja no fan efecte; la inflor de les cames augmenta; dormisquejo més estones assegut que no pas estirat. Un dels avantatges de la mort serà poder estar altre cop ajaçat sobre un llit. (...) Estic content que el mal m'hagi deixat intacte la lucidesa fins la fi; em satisfà no haver de passar la prova de la senectut, no estar

destinat a conèixer aquell enduriment, aquella rigidesa, aquella sequedat, aquella horrible absència de desigs. Si els càlculs són justos, la meva mare va morir, si fa no fa, a la mateixa edat que tinc ara; la meva vida ha estat la meitat més llarga que la del meu pare, mort als quaranta anys. Tot és a punt: l'àguila encarregada de portar als déus l'ànima de l'emperador ja està reservada per a la cerimònia fúnebre. El meu mausoleu, al capdamunt del qual estan plantant ara els xiprers destinats a formar a ple cel una piràmide negra, estarà pràcticament acabat a temps per transportar-hi les cendres encara calentes. (...)

M'han portat a Baies; amb aquestes calors de juliol, el trajecte se m'ha fet penós, però respiro molt millor a la vora del mar. L'onada fa a la platja el seu murmur de seda rebregada i de carícia; encara frueixo de les llargues tardes rosades. Però ja només sostinc les tauletes per mantenir ocupades les meves mans, que, malgrat tot, se m'agiten. (...)

Petita ànima, ànima tendre i flotant, companya del meu cos, que fou el teu hoste, ets a punt de davallar als llocs pàl·lids, gelats i nus on hauràs de renunciar als jocs d'abans. Per un instant encara, mireu junts les ribes familiars, els objectes que sens dubte mai més no tornarem a veure... Procurem entrar en la mort amb els ulls oberts..

DE VIGAN, Delphine, *Res no s'oposa a la nit*, Edicions 62. El Balanci, 2012, Traducció: Oriol Sànchez i Vaqué. Títol original: *Rien ne s'oppose à la nuit*, Éditions Jean Claude Lattès 2011.

Després de trobar la seva mare morta, l'escriptora Delphine de Vigan va començar una recerca desenfrenada cap al fons de la nit: va investigar documents i cartes, va empassar-se pel·lícules familiars de super-8 i va interrogar tots els membres encara vius de la família per mirar d'entendre què havia passat. El resultat és aquest llibre commovedor i duríssim però que és un gest d'amor infinit d'una filla cap a la seva mare.

Aquí s'hi reproduïxen fragments de les pàgines 367 a 374.

La Lucile havia deixat per als nostres fills una desena de regalets, que duïen una etiqueta amb els seus noms.

La carta era en una bossa de cartró gris, on vam trobar dos paquets més, per a la Manon i per a mi, que contenien cadascun un penjoll de cristall de Lalique, en forma de cor, agafat a un cordó.

Estimades filles,

Ja ha arribat el moment. Sóc a les acaballes i estic fotuda. Els escàners estan molt bé però s'ha d'escoltar el cos. No explico mai a ningú tots els meus mals. N'explico un a algú, i els altres a altres persones.

Estic molt cansada. La meva vida és difícil i només es pot deteriorar.

Des que he pres aquesta decisió, em sento serena tot i que em fa por el pas.

Vosaltres dues sou les persones que més he estimat en el món i he fet tot el que he pogut creieu-me.

Abraceu ben fort els vostres preciosos fills.

Lucile.

PS: És millor amb una cadeneteta. Podeu canviar el color però afanyeu-vos a fer-ho

abans que acabin les rebaixes, totes dues alhora, si cal, perquè només hi ha un tiquet.
Sé que us farà pena, però és ineluctable a la llarga o a la curta, i m'estimo més morir viva.

Vaig llegir aquesta carta desenes de vegades, a la recerca d'un indici, d'un detall, d'un missatge més enllà del missatge, alguna cosa que m'hagués passat per alt. Vaig llegir i rellegir el pudor de la Lucile, aquella elègancia que consisteix a barrejar la realitat prosaica amb el dolor, l'anècdota amb l'essència. Aquesta carta és un reflex d'ella i ara sé en quina mesura ens va transmetre a totes dues aquesta capacitat d'apoderar-se del que és irrissori, trivial, per mirar d'alçar-se per damunt de les boires.

.....

Un matí, més de quinze dies després de la seva mort, vaig rebre una trucada de la portera del seu bloc. Acabava de trobar una carta escrita per la Lucile que havien retornat.

Aquella carta anava dirigida a mi i l'havia enviat el dia de la seva mort.

En aquell breu missatge que jo hauria d'haver rebut el dilluns, la Lucile, a la seva manera, m'advertia de la seva defunció: m'enviava un xec de vuit mil euros <per a les [seves] despeses>, esperava que en sobrés prou per comprar-nos un regal durador, em precisava en el post scriptum que havia ingressat prou fons al seu compte per pagar les factures domiciliades fins al final de març.

....

Amb la Manon vam anar a veure el psiquiatre de la Lucile, jo volia explicacions. Segons ell, la qüestió no era saber per quins motius la Lucile havia triat aquell moment, sinó, més aviat, com havia aguantat tot aquell temps, tots aquells anys. Ens va dir que parlava sovint de nosaltres, que n'estava orgullosa, que érem la seva raó de viure.

.....

Les fotos, les cartes, els dibuixos, les dents de llet, els regals del Dia de la Mare, els llibres, la roba, les figuretes, les andròmines, els papers, els diaris, les llibretes, els textos mecanografiats, la Lucile ho havia guardat tot.

Quan vam haver acabat d'endreçar aquells encants inversemblants que contenia l'apartament, vam organitzar una jornada de portes obertes per tal que tothom pogués venir a recuperar un objecte, una joia, una figureta, que li recordés la Lucile. La resta aniria a Emmanuëls.

Entre les fotos de la Lucile que vam trobar a casa seva, en un full de còpia per contacte en blanc i negre, vaig veure una petita imatge de la meva mare, feta a la taula familiar de Versailles o de Pierremont. Al mateix full, es reconeixen la Liliane, en Georges, en Gabriel, la Lisbeth i altres persones.

La Lucile hi apareix de perfil, porta un jersei de coll girat negre, té una cigarreta a la mà esquerra, sembla que està mirant algú o alguna cosa, però probablement no mira res, el seu somriure és d'una obscura dolçor.

El negre de la Lucile és com el del pintor Pierre Soulages. El negre de la Lucile és un *outrénoir*, d'una reverberació, uns reflexos intensos, una llum misteriosa que designen un més enllà.

Ara ja no cerco més, m'atinc a la carta que la Lucile em va deixar. Entenc la Lucile com ella volia que l'entenguéssim: al peu de la lletra.

Ella sabia i sentia que la malaltia s'acabaria imposant, patia, estava fatigada. Els combats que havia lliurat al llarg de la seva vida no li havien deixat prou forces per lliurar aquell altre.
La Lucile va morir a l'edat de seixanta-un anys, abans de ser una dona gran.
La Lucile va morir tal com desitjava: viva.
Ara sóc capaç d'admirar-ne el coratge.

Maria Antònia Carreras Saura